

¿Cómo nos cambia el bautismo?

Kristopher W. Seaman

En la Vigilia Pascual, al momento de la Letanía de los santos, el obispo invitó a pasar al frente a Mirella y su familia. La mamá y sus hijos habían estado esperando el bautismo por casi dos años. Mirella decidió ser la primera, para mostrar a sus hijos, de ocho y quince años, cómo entrar en las aguas, y la pudieran seguir. Luego de bendecir el agua, el obispo le ayudaría a entrar en la amplia y profunda fuente bautismal. El obispo se introdujo primero. De pronto, el niño más pequeño corrió con la mano levantada para detener al obispo: “¡No ahogues a mi mamá!”. Sorprendido, el obispo le aseguró al niño que no ahogaría a su madre. Luego se volvió a la asamblea: “¿Lo oyeron todos? Él sabe que en el bautismo se trata de morir; pero hay que añadir que también se trata de la vida nueva”. A la madre siguieron los hijos, el más entusiasta en ser bautizado era el más pequeño.

La anécdota ilustra el poder de los símbolos sacramentales que nos evocan su profundo significado, humano y cósmico. El niño, por su experiencia, conoce el poder destructor del agua. El agua puede causar inundaciones o ahogar a una persona. Pero tiene otra virtud: sostiene la vida. El cuerpo humano necesita agua para vivir, y poder mantener la actividad de las células en el organismo. Para producir comida necesitamos agua. La vida más elemental requiere agua. El bautismo nos cambia para ver lo humano y lo cósmico fundidos en ese poder mortífero y vivificador.

MORIR Y RESUCITAR

El agua tiene también un significado teológico. Este significado está ligado a la muerte y a la vida, más específicamente, a la vida, muerte y resurrección de Cristo Jesús. Su vida, muerte y resurrección dan significado al bautismo. El bautizado entra cósmica y corporalmente en la vida, muerte y resurrección de Cristo Jesús. Aquella agua bendita limpia ritualmente a la persona, provee acceso a la vida renovada de Cristo, e introduce en el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Por las aguas bautismales, la persona recibe el Espíritu Santo, se limpian sus pecados y se renueva en la vida y misión de Cristo, vida y misión que la Iglesia promete servir. El bautismo nos cambia de tal suerte que nos es dada una nueva misión, con una nueva vocación y un cuerpo nuevo, gracias a la obra del Espíritu de Cristo en la fuente.



El bautismo nos sumerge en la persona y misión de Cristo.

La unción que acompaña al bautismo también está ligada a la vida de Cristo, otorgada en el bautismo. San Agustín señalaba que la unción con la cruz, símbolo de la muerte y vida de Cristo, está unida a la persona y misión de Cristo. La palabra *Cristo* significa *ungido* en griego. Ser ungido es la marca del cristiano, alguien dedicado y unido a la persona y misión de Cristo.

A las aguas bautismales se les llama también aguas de regeneración. Las aguas no solo ahogan el viejo yo, sino que nos regeneran o nos recrean el ser discípulos de Cristo. Si el bautismo nos sumerge en la persona y misión de Cristo, el resto de nuestra vida es potencialmente una respuesta a esa llamada bautismal. Cada día hemos de discernir cómo ser Cristo. El bautismo cambia no solo nuestro modo de ver el mundo, sino nuestro modo de vivir la misión de Cristo en el mundo.